

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



EDDIE POLO

CUADERNO Nº 12

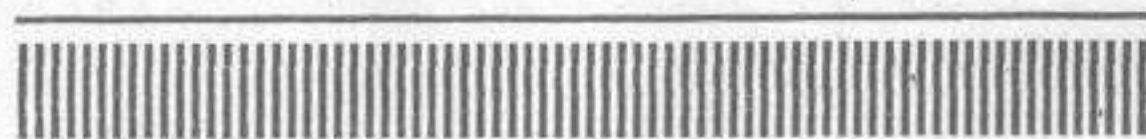
35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

María Walcamp

La valerosa artista de series
Interesantes anécdotas de su vida
Estudio crítico de sus creaciones
más famosas



EN PREPARACIÓN:

Wallace Reid : René Cresté
Hesperia

A nuestros lectores

Avisamos que ya se ha puesto a la venta la segunda edición de los cuadernos N.ºs 1 y 2, dedicados a Francesca Bertini y Ch. Chaplin «Charlot», respectivamente.

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

EDDIE POLO

POR

MICROME GAS

A GUISA DE PRÓLOGO ::

ELOGIO DEL CIRCO :

N

OSOTROS amamos el misterio encantado de los circos ecuestres. Nosotros, como niños o como ancianos, gustamos de los anillos de arena, sobre los que se mueven, como figuras de brujería unos extraños, unos pintorescos personajes.

¡Oh, el encanto infantil de la carcajada triste de Pierrot, de la picardía de Arlequín, de la travesura de Colombina, de la chepa del señor Polichinela!

Y, llenas nuestras almas de una alegría pueril, nosotros vamos al circo, dispuestos a reir y a aplaudir. Y nos alborozan los acordes de la charanga; y nos asombramos ante el contorsionista, vestido de verde, como un lagarto; y sentimos como un medroso encogimiento frente a las hazañas audaces de los trapeceistas y de los equilibristas; y celebramos las gracias de los clowns; y aplaudimos con entusiasmo la agilidad pasmosa del «carroussel humano»;

y tenemos un piropo mental para la gallardía de la bailarina. Pero, lo que más nos cautiva, lo que nos obliga a saltar del asiento, es el espectáculo maravilloso de los caballos galopando sobre la pista, llevando sobre sus lomos el cuerpo ágil de una amazona, que dibuja sobre la piel reluciente del animal las más absurdas piruetas.

Tienen estas pistas de los circos un encanto extraño y enfermizo. A veces, sobre la arena blanca, creemos ver una mancha de sangre. Tal vez la sangre de un hombre que, un día se emborrachó de aplausos y al dar un salto mortal en el espacio se estrelló contra el anillo trágico. Otras veces, es el misterio lo que nos atrae, lo que nos domina.

¿Qué hay detrás de aquella puertecita estrecha por donde asoman los artistas su rostro pintarrajeado? ¿Qué misterios encierra la pista en aquellas horas de silencio y de reposo, cuando el público no llena las sillas ni las gradas? ¿Será cierta la leyenda cruel que nos habla del aprendizaje de los artistas, de los niños cuyos miembros son dislocados, cuyas espaldas son azotadas sin piedad por el látigo canalla del director?

Hace años, cuando nuestra infancia se deslizaba mansamente, como un arroyo, entre los edificios arcaicos de una capital de provincia, nosotros sentíamos una emoción intensa a la llegada de la primavera. Sabíamos que con las primeras flores llegarían también a la vieja ciudad las avanzadas de la compañía de circo, para levantar en la Alameda su palacio de lona. Y asistíamos nosotros a aquellos trabajos preliminares, que se repetían todos los años por la misma época, con un entusiasmo y una impaciencia, que, si nuestra timidez nos lo hubiera permitido, diríamos a aquellos trabajadores:

— ¡Más de prisa, más de prisa!... Que van a llegar los artistas y esto no va a estar terminado.

Y llegaban los artistas. Y, nosotros, al verlos, al reconocerlos después de un año de separación, sentíamos deseos de abrazarlos como a viejos amigos. Y nos deteníamos a las puertas de los cafés donde se encontraban, para contemplarlos a nuestro sabor, un poco extrañados de que el tonto Cheret se estuviese quieto en la silla, jugando al dominó, como cualquier tendero de la calle Real, y de que el contorsionista se llevase la taza de café a la boca con absoluta naturalidad, sin poner el brazo en forma de tirabuzón.

¡Oh, el misterio encantado de los circos ecuestres!

Por la carretera, que es como una blanca serpentina, sobre la que ríe el Padre Sol, va lo grotesca caravana de los descoyuntados, de los atletas, de los saltarines, de todas esas gentes funambulescas que juegan cada día con la Muerte. Caminan un poco tristes, sin gozar con el espectáculo de los campos tan verdes, que ponen una nota vigorosa de color a los dos lados de la carretera. Marchan despaciosamente, entre sus grandes carretas y sus caballos de pelo brillante, envidiando tal vez a algún labrador que con ellos

se cruza en el soleado camino. Y, ni el tonto derrocha sus gracias infantiles ni los saltarines hacen piruetas, ni las traviesas Colombianas fingen graciosas reverencias marcando un paso de minué...

Son como un rebaño cansino de derrotados, de desilusionados, que marchan a repetir su pantomima tragi-cómica en otro pueblo, para ellos igual que el que acaban de abandonar. Un día, un grito de tragedia rompe la monotonía de su vivir siempre igual. Y, entonces, un pobre ataúd guarda los restos de un compañero y la caravana, más triste que nunca, recorre el camino de cualquier cementerio, y, sobre la fosa que nadie adornará con flores, aquellos hombres y aquellas mujeres, lloran y rezan. Y son sus llantos y sus rezos como una salmodia funeral.

¡Oh, el misterio encantado de los circos ecuestres!

PRESENTAMOS A EDDIE

: : : : : POLO... : : : : :

¿No parecerá el título de estos párrafos un tanto presuntuoso? Decimos nosotros que vamos a presentar a Eddie Polo. Y esta afirmación nuestra, ahora que lo meditamos un poco, se nos antoja de una puerilidad absoluta.

Porque entre los artistas cinematográficos del mundo, Polo es, seguramente, uno de los más populares.

Tal vez el más popular de todos.

Su figura ágil, atlética, varonil, es la alegría de los chicos y el entusiasmo de los grandes. Pocos actores podrán, como él, ostentar en su escudo ese sello de inmensa popularidad que rodea a Eddie Polo, como una aureola.

Hay algo de idolatría en esa admiración del público por su artista favorito. Nosotros hemos sorprendido varias veces, en las salas de los cines, un murmullo contenido de expectación, al aparecer en la pantalla el nombre del atleta. Y, rara será la película que de él se proyecte que no provoque los aplausos de la multitud.

¿De qué medios se vale Eddie Polo para triunfar de un modo tan rotundo?

Nosotros creemos que la mayor parte de sus éxitos la debe el antiguo artista de circo a su absoluta naturalidad.

Eddie Polo no pone en su trabajo una nota de afectación ni de fingimiento. Jamás hemos sorprendido en su labor un truco de efecto, uno de esos trucos que los actores de series usan, y hasta abusan, con frecuencia cuando tratan de dar una sensación de peligro, sin exponer la piel. Le vemos trabajar naturalmente, so-

4
briamente, exponiendo su cuerpo a los golpes brutales de sus enemigos, jugando con su vida en saltos y piruetas inimitables.

Diríase que al empezar a moverse ante el objetivo, guiado por su honradez artística, hace el sacrificio de su vida, en una suprema cesión de respeto al público.

Y, por eso, porque le vemos entregarse en brazos del azar, cual si jugase la carta definitiva en cada película que interpreta, es por lo que Polo nos cautiva hasta el entusiasmo. Y nos sentimos sacudidos por la emoción y el miedo cuando le vemos interpretar, con un verismo angustioso esas escenas peligrosas de las películas de series.

Además de sus enormes cualidades como atleta, Eddie Polo tiene en su favor, para trabajar en el género que le ha dado renombre, su seguridad como equilibrista y saltador y su dominio de la equitación, que le permiten realizar a la perfección escenas muy difíciles de interpretar, sobre todo por actores que no hayan tenido como él, la escuela viril del circo.

Y así, lo vemos primero en «La moneda rota», trabajando al lado de esos dos ases de las series americanas, que se llaman Francis Ford y Grace Cunard. Y, más tarde, ya como protagonista, en las películas de la Universal, «Libertad», «El fantasma gris», «El rey del circo», «El blanco trágico».

En todas esas creaciones suyas, tan masculinas y tan enérgicas, Polo hace vibrar nuestros nervios, sacudiéndolos a cada instante con la impresión de sus luchas cálidas, en las que los puñetazos tienen un sentido real; con sus saltos de tigre, increíbles a veces por la audacia y la agilidad que representan; con su desprecio de la vida en escenas donde el peligro y la tragedia bailan alrededor de la recia figura del protagonista.

Y lo vemos salir airoso de todas esas empresas, que, a fuerza de atrevidas nos parecen fantásticas; mostrando si acaso su tórax robusto entre girones de la camisa o enseñándonos algún rasguño en la piel, en el que no intervino el carmín.

El mismo Polo, hablando no hace mucho con un periodista americano, que le preguntaba si corría peligros reales en su profesión de artista cinematográfico le dijo:

—El cinematógrafo es mucho más peligroso que el circo, y cuando se camina al azar, es terrible. Hace poco tiempo aún, cuando interpretaba las escenas de «El rey del circo», un león me arañó el brazo derecho, dejándome inútil para continuar trabajando por espacio de muchos días. En otras escenas de esa película sufrí otros varios accidentes que interrumpieron mi labor. Y cuando hice «La moneda rota», al saltar de un aeroplano a un bote, me disloqué una pierna.—

Y es verdad esto. No hay nada de *réclame* en estas afirmaciones sinceras. Para Eddie Polo, acostumbrado a triunfar en las pistas de los circos a fuerza de valor, el trabajo cinematográfico a que en



Eddie Polo

Caricatura de Fumn

la actualidad se dedica no es más que una prolongación de su vida anterior. El sabe que hay trucos efectistas para engañar al público. Pero el atleta, seguro de sus fuerzas y de su agilidad, no quiere recurrir a ellos. Desdeña esas supercherías que le harían desmerecer a sus propios ojos, juzgándolas dignas de esos atletas, de esos boxeadores, que, ya sin elasticidad en los miembros, se aferran al arte cinematográfico para recorrer, todavía con unos harapos de gloria, el ocaso de sus vidas.

Y he aquí el secreto de la inmensa popularidad que rodea la figura de Polo. El se entrega plenamente a su arte, sin regatearle nada, poniendo a su servicio sus músculos de acero, su agilidad de tigre, su figura varonil, su talento de actor, su vida entera, agitada y pintoresca. Y los públicos, que ven esto, que, a través de la pantalla adivinan la cantidad de valor y de riesgo que los actores ponen en sus creaciones, le pagan al artista favorito con una dosis enorme de cariño y simpatía.

Y al sólo anuncio de Polo, los cines de todo el mundo se llenan como por arte de encantamiento.

UNA VIDA DE ARTISTA ::

ENTRE LAS REDES DEL

: : : : CIRCO : : : :

Hasta hace poco tiempo se le consideró a Eddie Polo como de nacionalidad italiana, basándose en su apellido.

Uno de esos señores que se queman las cejas estudiando en empolvados pergaminos la genealogía de los apellidos remontó los orígenes de Eddie Polo nada menos que al tiempo en que Marco Polo asombraba al mundo con sus hazañas y sus descubrimientos.

No sabemos si el genial actor llegaría a conocer el resultado de esta investigación. Lo cierto es que al poco tiempo de publicar los periódicos americanos la noticia de que el atleta descendía en línea directa del famoso explorador, otra noticia aparecía en las revistas profesionales, asegurando que el simpático Eddie había nacido en la ciudad cinematográfica de Los Angeles.

¿Trató con esto, Polo, de desmentir aquella leyenda que, lejos de envanecerle, le parecía un poco ridícula? ¿No llegó a conocerla y siguió, por eso, feliz en su ignorancia?

Lo cierto, lo que se desprende de numerosas entrevistas celebradas por periodistas con el célebre actor, es que Polo nació en Los Angeles, de padre italiano y madre americana.

Nació en el circo. Eran sus padres acróbatas de un circo importante que había sentado sus reales en la alegre ciudad californiana. Algunas veces, el matrimonio, en las épocas de penuria, cuando escaseaban los contratos, se metía a empresa, y con una compañía formada por toda la familia—tres hermanas y nuestro héroe, además de los padres—recorrían los pueblos de poca importancia del país del dólar.

Por eso Eddie Polo, antes de nacer, tenía ya perfectamente definido el camino que había de recorrer en la vida. No podía sustraerse a la influencia poderosa que sobre su ánimo ejercerían la familia, toda formada por atletas, saltarines y acróbatas, desde dos generaciones atrás, ni al ambiente del circo que empezaba a respirar al nacer, con sus grandezas y sus mezquindades.

Y fué artista. A los dos años, sus padres lo presentaron al público de un pueblo remoto, vestido caprichosamente de *clown*. El pequeño Eddie apenas podía andar, pero tuvo un éxito del que, seguramente, no se dió exacta cuenta.

Aquellos fueron los primeros pasos. Pronto empezó a hacer grandes progresos como equilibrista, aleccionado por la experta mano de sus padres y de sus hermanas. Llevaba en sus venas la sangre de dos generaciones de saltimbanquis, y tal vez por esta ley atávica, su cuerpecillo se prestó, con una ductilidad asombrosa, a las duras lecciones que forman el aprendizaje de los artistas de circo.

A los cuatro años de nacer, ya sus ojos precoces se iban a llenar con la visión de tierras extrañas, de mares inmensos, de espectáculos de ensueño, que dejarían una huella profunda en su alma.

Atravesaban sus padres unos meses de prosperidad. Un capitalista de Nueva York, que no sabía cómo emplear su dinero, puso en las manos del padre de Polo puñados de oro, para que el artista contratase una gran compañía de circo, que recorrería las principales ciudades de Europa.

Fué formada la compañía. Y en un transatlántico que salió de la ciudad de los rascacielos con rumbo a Italia, embarcaron aquellos hombres funambulescos, muy contentos de lanzarse en brazos de la gran aventura. Sus almas nómadas hallaban en aquel viaje largo y bello uno de los mayores placeres que podrían disfrutar.

Y la compañía llegó a Italia. Y los públicos de Roma, de Turín y de Venecia aplaudieron muchas veces a aquellos artistas intrépidos, que jugaban con la muerte sin conceder a aquel juego trágico la menor importancia, y que, luego de terminado su trabajo, recogían los aplausos del público tronchándose el espinazo en las más complicadas reverencias.

Marchaba bien el negocio. Cuando se terminaban las funciones, los artistas, todavía con huellas de colorete y de albayalde en sus rostros curtidos por todos los vientos, recorrían los lugares de

placer de las ciudades italianas y derrochaban alegremente el dinero que habían ganado en una lucha brutal con la Muerte.

Pero en Nápoles sobrevino la catástrofe.

El público acudió a las dos o tres primeras funciones, y luego se retrajo. El padre de Polo, que conocía estos momentáneos alejamiento de los públicos, se dedicó a esperar. Y pasó una semana, y otra, y otra, y un mes, y otro mes. Pero el público no volvió a llenar el circo.

Y los artistas, que no habían sabido guardar en las épocas de prosperidad, que, eternos bohemios, continuaban su vida de cigarras, empezaban a entramparse de un modo lamentable.

Y, otra vez apareció ante ellos el rostro de la Fatalidad, contraído por su mueca irónica, empujándoles nuevamente a su vida de aventuras. Conocían todos los saltimbanquis aquel rostro pálido, y sabían que no podrían resistirse a su mandato.

Se disolvió la compañía. Aquel grupo de aventureros, que juntos habían cruzado el Océano, que juntos habían recorrido las mismas ciudades y corrido los mismos peligros, que vivían una vida común unidos por parecidos dolores e idénticas alegrías, se vieron en la necesidad de separarse.

Quedaron unos en Italia, en espera de la contrata salvadora; los que guardaban algunos ahorros regresaron a América, y la familia Polo fué contratada por Henry Wolff, propietario de un gran circo ecuestre que, en una magnífica *tournee* por las principales capitales europeas, se hallaba a la sazón en Milán.

Poco tiempo después, Wolff levantó su circo y se marchó con él a Viena. Y en la capital de la antigua Austria fué donde Eddie Polo experimentó la primera emoción fuerte de su vida.

Tenía entonces el artista cinco años. Durante algún tiempo, Henry Wolff pensó en aprovechar la simpatía que la presencia del chiquillo despertaba en el público, encargándole algún trabajo de efecto, que causase sensación.

A aquella edad, Polo no hacía más que salir vestido de *clown* en los intermedios, alternando con los tontos y haciendo graciosas piruetas. Hacía también ejercicios sobre un caballo pequeño y algunos trabajos de equilibrio.

Pero aquello era poco. Aquello no bastaba para satisfacer las exigencias del público.

Y un día, Wolff inventó una atracción original. Un globo de gas debía elevarse sobre la pista, llevando pendiente un trapecio. En el trapecio iría el pequeño Polo, y cuando el globo se elevase a la máxima altura, el diminuto acróbata se arrojaría en el espacio, provisto de un paracaídas.

El mismo Polo nos explica, en una interviú publicada por una revista de Río Janeiro, la sensación que experimentó al caer desde aquella altura vertiginosa:

— Mientras iba subiendo, yo estaba satisfecho de mi intrepidez.

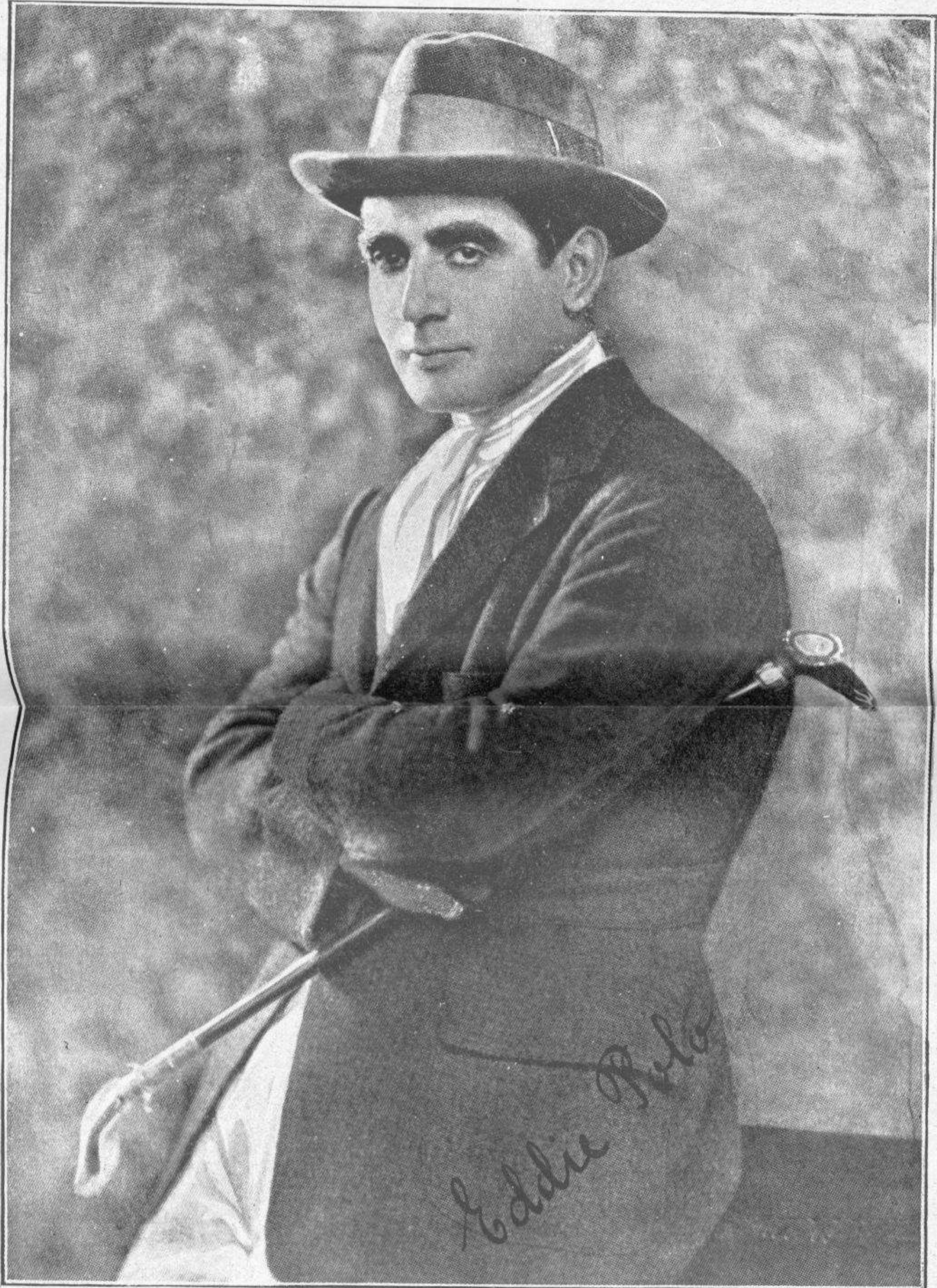


EDDIE POLO en «La tentación del circo»



EDDIE POLO en «La daga que se desvanece»

LOS GRANDES ARTISTAS DE LAS SERIES

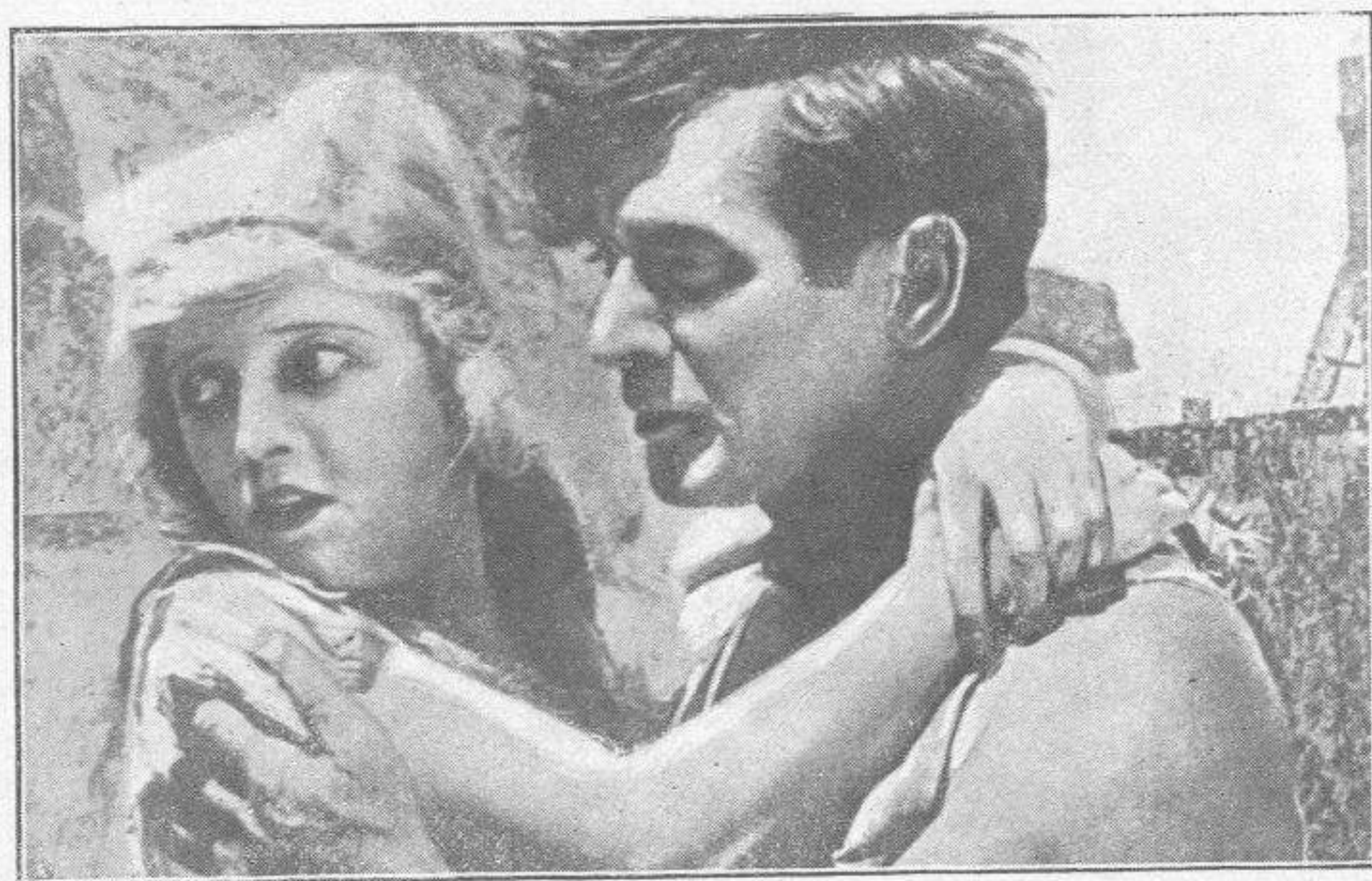


El esforzado atleta
EDDIE POLO





EDDIE POLO en dos aspectos de «Libertad»



EDDIE POLO en «El rey del circo»

Veía a todo el público pendiente de mí, siguiendo con emoción mis menores movimientos. Pero, de pronto, el globo chocó con la bóveda del circo, y en aquel momento se desprendió el trapecio y yo caí desde aquella altura enorme. No tuve tiempo de llorar ni de reír. Me faltó la respiración, y en ese momento cruel se abrió el paracaídas y descendí lentamente. Poco después, todavía no recuperado del susto, me inclinaba en la pista ante miles de manos que me aplaudían...

**LA CARRETA DE LA FA-
RANDULA PROSIGUE SU
: : LENTO CAMINAR : :**

Hasta la edad de doce años siguió Polo en la compañía de Wolff, aprendiendo las variedades de un artista de circo.

Al poco tiempo estaba en condiciones de ser atleta, equilibrista en el alambre, contorsionista, jockey y saltador. Llegó a poseer tal cantidad de conocimientos, que su solo trabajo bastaba para dar una representación de tres horas. Estos conocimientos los aprovechó más tarde, cuando se vió libre de la tutela egoísta de Wolff.

Por aquel entonces su vida sufrió un serio trastorno. Un día su familia abandonó el circo de Wolff, diseminándose, recorriendo diversos caminos. Sólo él quedó en aquel circo donde había aprendido a trabajar seriamente, al lado del hombre brutal que trataba a sus artistas como esclavos.

Le dejaron allí sus padres, esperando que el aprendizaje del director famoso le serviría de mucho provecho en lo futuro.

Pero Polo, en cuanto se vió alejado de su familia, comprendió que no podría seguir allí mucho tiempo.

Wolf le explotaba miserablemente, le obligaba a trabajar de continuo y le pagaba solamente con una comida escasa y miserable. El artista precoz sentía unas ansias locas de libertad y de dinero, para gozar de la vida, como lo veía hacer a otros artistas de la compañía. Cada día, ese anhelo de huir, de correr libremente por el mundo, se iba agigantando dentro de su alma, haciéndole insupportable aquella vida de forzado.

Y una noche...

El circo de Wolff dibujaba su silueta monumental en uno de los malecones de Hamburgo. Todo dormía en el silencio y sólo de vez en cuando las patadas de los caballos, a las que respondían

los ladridos de los perros, fieles guardianes del circo, turbaban aquel silencio espectral.

Eddie Polo se levantó sigilosamente, se vistió con su ropa de calle e hizo un hatillo con sus vestidos de farandulero. Luego atravesó los varios departamentos hasta llegar al de los perros, que forzosamente había de pasar para ganar la puertecilla que daba al campo.

Los perros no le ladraron. Le conocían como a un antiguo camarada que con ellos trabajaba y con ellos comía. Y lo dejaron salir, moviendo sus colas de un modo expresivo, como si quisieran alentarle a no desmayar.

Y Eddie Polo se encontró, de noche y sin dinero, en un barrio extremo de una gran ciudad desconocida, a los doce años y sin conocer otra vida que la del circo.

Pero el muchacho animoso no desmayó.

Arrastró por algunos días su bohemia triste por las calles de Hamburgo, y poco después aparecía exhibiéndose en los bares elegantes y en los hoteles de moda.

Ganó bastante dinero. Y así, trabajando solo, llenando sus pulmones con las auras de libertad, recorrió Alemania, Francia, Holanda, Italia, España y Portugal.

En Lisboa contó sus economías y vió que tenía dinero suficiente para volver a América y vivir en Nueva York algunos días, en los cuales le aparecería seguramente algún contrato.

Y abandonó las tierras europeas, donde quedaban sus años de esclavitud y de tristeza, para buscar en su país natal el calor familiar y otros horizontes nuevos hacia los cuales encarrilar sus energías.

EN AMÉRICA :: OTRA
:: VEZ EN EL CIRCO ::

Poco tiempo estuvo Eddie Polo sin trabajo en la nueva etapa de su vida.

A los pocos días de su llegada a Nueva York, fué contratado en buenas condiciones por la empresa Barnum & Bailey, que explotaba varios circos en toda la república. Lo primero que hizo Polo fué solicitar un anticipo considerable, y con él en la mano se marchó a Los Angeles, a gustar por unos días el placer de hallarse en su hogar.

Pero no encontró allí a sus padres, que se hallaban en una de sus interminables *tournées*. Solamente pudo abrazar a sus her-

manas. Y se marchó de allí, llevando en su alma el helor de la soledad que rodeaba su vivir errabundo de aventurero.

Y, nuevamente volvió a arrojarse en la vorágine de la farándula, atraído por aquella vida alucinante.

Con Barnum & Bailey estuvo varios años. Fué en aquella compañía donde creó un número aéreo sensacional, en unión de otro artista.

Consistía este número en lo siguiente: Eddie Polo se colgaba por las piernas de un trapecio pendiente de la bóveda del circo y sujetaba con sus dientes otra especie de trapecio enrollado, en el que hacía piruetas fantásticas el otro artista. Al desenrollarse el trapecio, el artista que en él se encontraba giraba vertiginosamente, y nuestro hombre tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para que la correa que lo sujetaba no se le escapase de los dientes.

Hacia poco más de un año que Polo se encontraba en el circo de Barnum & Bailey, cuando un día se presentó allí Henry Wolff solicitando trabajar en cualquier cosa, pues se hallaba en una apurada situación.

En aquel momento, Polo olvidó la explotación de que había sido objeto por parte de su antiguo profesor, olvidó los vejámenes, las miserias que a su lado había sufrido, y fué el primero que interpuso su influencia cerca del director, para que Wolff fuese admitido.

Lo consiguió, y la vida común de peligros los hizo amigos entrañables.

Cuando abandonó aquella compañía, Polo fué contratado por la empresa Ringling. Pero antes de hacerlo, la necesidad le obligó a buscarse la compañía de un *clown*, y los dos juntos, dedicarse a dar funciones en los pueblos de los Estados Unidos.

Polo era el que llevaba el peso del espectáculo, pues derrochaba por aquellos pueblos el caudal de conocimientos que había adquirido en su larga vida de artista de circo. Únicamente utilizaba al *clown* para que entretuviese al público en los intermedios, cuando le era forzoso descansar unos minutos o cuando había de cambiarse de ropa.

Así anduvo algunos meses, hasta que el circo Ringling le abrió sus puertas.



UNA REBAJA DE SUEL-
DO :: FRANCIS FORD IN-
::::: TERVIENE ::::::

Era cuando el fragor de la guerra europea repercutía con intensidad en los Estados Unidos.

El circo de Ringling se encontraba en la ciudad de Memphis en el invierno de 1914.

El mismo Polo, en la interviú a que hacemos mención en anteriores líneas, nos cuenta el origen de su profesión actual de artista cinematográfico, en los siguientes términos:

—...El jefe de la casa me llamó para decirme que, en vista de la guerra europea, y del consiguiente aumento en los gastos y la disminución de las entradas, había decidido reducir los sueldos de la compañía en un veinte por ciento. Aquella reducción inesperada tuvo la culpa de que me metiera a hacer películas. Esa misma noche tomé el tren para Los Angeles, y a poco, estaba yo ganando tres pesos diarios.

Pero no se crea el lector que Eddie Polo entró para hacer papeles en alguna manufactura. Lejos de eso. Su trabajo era mucho más modesto.

Cuando nuestro hombre llegó a Los Angeles, un poco fatigado de su vivir de farándula, se presentó en los estudios de la Universal, solicitando ser admitido en calidad de mozo o auxiliar de los tramoyistas.

Él no aspiraba a otra cosa, él no soñaba siquiera con presentarse ante el objetivo.

Pero el destino preparaba las cosas de diferente manera. A los pocos días de encontrarse en los estudios de la Universal, Eddie Polo había trabado amistad cordial con todos los tramoyistas y carpinteros, y les había contado sus andanzas por el mundo, cosechando aplausos en las pistas de los circos.

Para probárselo de un modo definitivo, ante ellos ejecutó, una a una, las piruetas de sus noches de éxito, que causaron el regocijo de sus nuevos compañeros.

Y cada día, se veía obligado a repetir las. Y el taller cobraba por unos momentos un aspecto inusitado y pintoresco.

Un día, el director de la manufactura se presentó en plena sesión de ejercicios acrobáticos y quedó sorprendido ante lo regocijante del espectáculo. Pero se limitó a preguntar a Polo cuanto ganaba y a recomendarle que se presentase al día siguiente en su despacho.

Eddie Polo acudió puntual, temiéndose que aquél iba a ser el último día de su trabajo en la manufactura. Pero no sucedió así.



Eddie Polo en *La daga que se desvanece*

Dibujo de E. Astor

El director le dijo que desde aquel momento percibiría cinco dólares diarios, con la condición de abandonar los talleres para pasar a la categoría de actor secundario.

Aceptó, encantado, pues él mismo confiesa que, a pesar de hallarse contento en su oficio tranquilo de auxiliar de tramoyista, muchas veces echaba al operador unas miradas lánguidas, como si tratase de insinuarle que él había nacido para artista cinematográfico.

La prueba que Polo llevó a cabo ante toda la compañía, desempeñando un papelito modesto, fué muy celebrada. Y, aquella misma noche, cuando el novel actor se iba a retirar hasta el día siguiente, el director le ofreció un contrato por seis meses a razón de cincuenta dólares a la semana.

Pero Eddie Polo no aceptó. Le pareció que ganaría más esperando. Y no se equivocó.

Se empezaban por entonces en la Universal los trabajos de la película en series «La moneda rota», cuyos protagonistas iban a ser nada menos que Francis Ford y Grace Cunard. El gran actor de series se fijó en Polo, viendo en él condiciones buenas para destacarse en el arte difícil de la pantalla.

Y, después de una serie de entrevistas celebradas entre el director de la Universal, Francis Ford y Eddie Polo, se llegó a la conclusión de que éste último interpretaría el «Rolleaux» de *La moneda rota*.

Fué aquel su primer paso en firme dado en el camino del cinematógrafo. Del éxito que alcanzó, no hay que hablar. Todos nuestros lectores recordarán con agrado aquel simpático personaje, que alcanzó una enorme popularidad.

Después de terminada aquella película, Polo firmó ya un contrato en la misma manufactura, que le elevaba a la categoría de primer actor de series.

Y creadas por él, aparecieron esas magníficas cintas, que mencionamos en capítulos anteriores, y que llevaron triunfalmente por el mundo la figura del atleta, en medio de una aureola de éxitos y de popularidad.

En la actualidad, Eddie Polo descansa del rudo trabajo de varios años. Terminó hace unos meses la película en episodios *La daga que se desvanece*, y ahora viaja por la América española, donde cuenta con un número infinito de admiradores.

Las últimas noticias llegadas de América nos dicen que el famoso artista se encuentra en La Habana, disfrutando un poco de la vida, ahora que puede hacerlo sin apuros pecuniarios y sin la intranquilidad de pensar en el próximo contrato.

Después de recorrer algunos países de la América del Sur, volverá a los Estados Unidos, para reanudar su emocionante trabajo en esas películas de series, que provocan el entusiasmo en los públicos de los cines.

LOS ACCIDENTES DE
:::: EDDIE POLO ::::

Ha sido Eddie Polo uno de los actores más maltratados por la suerte.

En su larga vida de artista de circo, varias veces se vió obligado a guardar un descanso forzoso, mientras se curaba de alguna herida o se reponía de un magullamiento o de una dislocación.

El más importante de sus accidentes fué el que sufrió, cuando trabajaba con Wolff, en el Winter Garden, de Berlín.

Se hallaba Polo trabajando en un trapecio, a una altura de veinte metros, cuando un desvanecimiento le empujó a dar una voltereta trágica en el vacío.

Claro está que cayó sobre la red, que defiende la vida de los artistas, pero esto no le impidió dislocarse la pierna y el brazo derechos y guardar cama por espacio de un mes.

En otra ocasión, hallándose en una ciudad de México, tenía que saltar sobre un grupo de fieras, formado por dos elefantes, dos leones y una pantera.

Por espacio de varios días hizo aquel ejercicio peligroso, sin provocar la ira de los animales, que se limitaban a rugir no bien lo veían caer a su lado.

Pero, una noche, Polo midió mal las distancias, y al saltar sobre los elefantes cayó de bruces junto a la pantera, la cual se precipitó sobre él. En aquel momento, Polo tuvo la fuerza y la serenidad suficientes para sujetar al animal por el cuello y retener sus fauces apartadas de él, mientras las garras de la fiera se clavaban en su carne.

La rápida llegada del domador puso fin a aquella situación insostenible. Pero el atleta salió de la lucha con innumerables heridas, producidas por los zarpazos de la pantera, que pusieron en peligro su vida.

De accidentes de esta índole está llena la vida agitada de este hombre, que solamente cambió de profesión para variar su juego con la Muerte.



EL CORAZÓN BUENO
:::: DEL ATLETA ::::

Para terminar este libro, vamos a narrar una anécdota de Eddie Polo, que pone de relieve su bondad.

Como saben nuestros lectores, Polo fué explotado por Wolff del modo más ruín. El director famoso, que en aquel tiempo se encontraba en el apogeo de su prosperidad, vió en el niño que sus padres le confiaran, un medio de ganar dinero, aprovechándose de las simpatías que la precocidad de la criatura despertaba en todos los públicos.

Y le pagó aquel esfuerzo gigantesco con una comida miserable, poco mejor que la que daba a los perros guardadores del circo.

Cuando Polo lo volvió a encontrar en América y lo introdujo en la compañía de Barnum & Bailey, olvidó su rencor de otro tiempo y puso todo su empeño en proteger a aquel hombre que había dado en la vida un salto hacia abajo tan enorme.

Pero no pudo Polo ayudar mucho tiempo a Wolff. A los pocos meses, el director que había recorrido el mundo en una marcha triunfal, se moría lentamente, herido en mitad del pecho por la ponzoña de la tisis.

Y cuando dejó de existir, Eddie Polo, que entonces se hallaba en una época de prosperidad, se encargó de los gastos del entierro, y continuó durante mucho tiempo auxiliando a la viuda.

¡Así pagaba el gran artista los sufrimientos que había padecido al lado de aquel matrimonio egoísta, en los duros años de aprendizaje!

MICROMEGAS



BIENOTECAS
 MADRID



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA



Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	<i>España y Portugal:</i> 18 ptas.	-	<i>Extranjero:</i> 25 ptas.
» semestral »	» 9 »	»	» 12'50 »
» trimestral »	» 4'50 »	»	» 6'25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Alfredo. — *Barcelona.* — La dirección de Pearl White es: Fox Studios, 56 th. Street and 10 th. Avenue, New York. La de Tom Moore: Golwydn Studios, Culver City, California. Ambas en Estados Unidos.

F. R. T. — *Barcelona.* — Sentimos no poder publicar su dibujo por tener compromiso con los ilustradores fijos de esta publicación. La dirección de Jack Mulhall es: Universal City, California (U. S. A.).

Rosa de Té. — *Barcelona.* — Es posible que publiquemos la biografía de Olive Thomas, aunque no seguro. No tenemos argumentos ni postales de dicha artista.

Un yankée. — *Barcelona.* — Puede escribirles en castellano, pues, por lo general, los artistas cinematográficos de renombre tienen un secretario políglota para contestar su correspondencia. Para mayor seguridad puede enviarles cupones internacionales.

Juan Bautista. — *Barcelona.* — Gracias; no hay necesidad, puesto que lanzamos ya una segunda edición.

Una admiradora de Jorge Larkin. — *Olot.* — Ante todo, gracias por los besos. La dirección de Jorge Larkin es: c/o Ed. Small, 1493 Broadway, New York City. Habla inglés, y no tardaremos en publicar su biografía.

J. A. Cano. — *Albacete.* — Remita su importe en sellos de correo y se le mandará el n.º 7, certificado.



Editorial Catalana, Mallorca, 257